

Didáctica

Europa y los valores vitales espirituales

Luis Jiménez Moreno

Europa se muestra en los modos de vida por su cultura, espíritu que vive hacia la verdad, el bien y la belleza, vital antes que mecánicamente, como manifestación del espíritu. Supera la naturaleza cultivando *logos* y *nomos*. Fomenta la capacidad de conocimiento y de valoraciones morales, estéticas y sociales. La vida debe ser culta, pero la cultura tiene que ser vital. Se abre al espíritu de vida culta, intensa y generosa. El vivir humanista europeo afirma un modo espiritual civil, sentir el bien, la belleza y la justicia. Disfrute en el esfuerzo, no sólo placer y una bella donación de sí mismo al bien propio y compartido.

Europa, el nombre de la hija de Agénor, esposa de Júpiter y madre de Minos, raptada por el toro hasta Creta, dio el nombre a esta porción de tierra, calificada de Continente, pero en extensión no le corresponde ser más que una península de la inmensidad asiática.

Pero Europa no es sólo un terreno, significa ante todo un modo de hacer, un modo de vivir sus habitantes y cuyo germen cultural hay que buscarlo en torno al mar Mediterráneo, una extensión de agua que sirve de comunicación a los habitantes de Europa, Asia y África, con unos modos de vida y de convivencia que abrirán hermosos horizontes asentados en la riqueza y la belleza del hablar, en reconocer la valía y la importancia de los hombres que hablan, saben y crean sociedades y arte, que humanizan sus vidas y su convivencia, la tierra en la que viven, el mar por donde navegan, los instrumentos de que se sirven y las obras que crean. Es el lanzamiento de la humanización para todo el mundo y para plenitud de los siglos. Surge la maravillosa joya del humanismo en su patria la Hélade y su capital Atenas.

Con estas miras quisiera llevar la reflexión a este surgir, crecer y difundirse de Europa, en su historia y en su proyección, la vida de sus hombres, los recursos para sostener y fomentar vidas, los modos de convivencia y su

ejercitación para crear grandiosas y bellas formas de diferente índole, para convertirse en ideal admirado y deseado por muchos pueblos, y el lamento cuando decaen o desaparecen aquellas formas grandiosas y bellas que con tanto esfuerzo y amor crearon otras generaciones. “Los pensadores que vivieron en la época más vigorosa y fértil de Grecia, en el siglo anterior a las guerras persas y durante las mismas, en efecto, estos pensadores han descubierto incluso *bellas posibilidades de vida* y me parece que los griegos posteriores han olvidado lo mejor de aquello”¹.

Invocar estos momentos no es nostalgia, es acudir a referencias paradigmáticas que pueden ayudar a despertar y potenciar el vigor de vida y cultura en nuestros tiempos, como grandes escritores y creadores gigantes de todo tipo lo han invocado y les ha estimulado en sus obras para beneficio de los semejantes.

El modo de vida europeo, su vida, su cultura y su espíritu, surge en el mundo griego desde el *rapto de Europa* que acabó en Creta y con su hijo Minos, el famoso rey cretense, esta isla se convirtió en cuna de una floreciente cultura mediterránea.

El modo de vida europeo se expresa asimismo en el ideal cultural platónico para la sociedad, en su *República*. “El tema de ésta —escribe Jaeger²— no es, en primer término, el estado, sino el hombre, con su capacidad para crearlo. Y, aunque Platón nos hable además de un paradigma del estado, es evidente que éste no puede compararse con la imagen del ser humano más hermoso³. Lo que corresponde a esta imagen es más bien el tipo ideal del hombre verdaderamente justo, que el mismo Platón dice que constituye el objeto de su cuadro⁴”.

Y cuando trata del carácter y las características de los regentes en ese estado ideal, Jaeger⁵ lo describe así: “Surge ahora el problema de saber quiénes son los llamados a remontarse hasta esta última fase, remate y coronación de la cultura espiritual. ...desde el punto de vista de la educación para fomentar la verdadera virtud del ‘regente’, sólo los temperamentos más seguros y más valientes debían ser seleccionados para ser ‘regentes’ -filósofos y éstos debían ser, dentro de lo posible, hombres bellos, fuertes y distinguidos⁶. Pero esta *kalokagathia* —belleza y bondad unidas— debe combinarse en ellos con las cualidades indispensables para la cultura superior del espíritu: la agudeza, la facilidad de comprensión, la memoria y la tenacidad.”

Sin que podamos desarrollar el gran programa de la *República* como *paideia*, la formación del perfecto ciudadano, con estas referencias queda claro que en la vida del ciudadano griego se pretende que cuente con gran

¹ NIETZSCHE: *Ciencia y sabiduría en lucha*, (Schlechta) *Werke*, III, p. 345.

² JAEGER, Werner; *Paideia: los ideales de la cultura griega*, (Trad. J. Xirau, W. Roces). Mexico, F.C.E. 8ª 1983.

³ PLATÓN: *República*, 472 D 9.

⁴ *Rep.*, 472 D 5, Cfr. 472 C 5.

⁵ JAEGER, *ibid.*, p. 715.

⁶ *Rep.*, 535 A, cfr. 412 D-E, 485 7, 503 C-E.

significación la personalidad que mira con perspicacia hacia los modos de grandeza y belleza, de finura, que no se queda en la torpeza corta y mezquina de cuanto se apega placentera y toscamente de inmediato a la corporeidad más opaca.

Puede ser oportuno también presentar estas aspiraciones con la fuerza del vitalismo espiritual en la cultura europea con las palabras que expresan la tensión más intensa del *poeta* en la “Introducción” del *Fausto* de Goethe, cuando quiere renovar el vigor de su juventud:

“Devolvedme entonces aquel tiempo en que yo también estaba en vías de hacerme; en que un venero de prietas canciones, siempre nuevas, alumbraba mi pecho; en que la niebla me ocultaba el mundo, los capullos aun me prometían prodigios y cortaba yo miles de flores, que, copiosas, henchían todos los valles. Nada tenía entonces, y, sin embargo, tenía lo suficiente: el impulso hacía la verdad y la complacencia en la ilusión. Dadme de nuevo aquel ímpetu indómito, aquella honda y dolorosa dicha, la fuerza de la esperanza, el poder del amor. ¡Devolvedme otra vez mi juventud!”⁷

Los hombres viven, conocen y valoran, y a lo largo del tiempo crean cultura, se van haciendo según sus modos de vida y de convivencia, con la capacidad de orientarse hacia mejor o hacia peor. Para estas consideraciones nos vale como principio la actitud de Goethe, cuando “nada tenía entonces, y, sin embargo, tenía lo suficiente: el impulso hacia la verdad y la complacencia en la ilusión”, que significa con la vida intensa y la generosidad de la juventud, “aquel ímpetu indómito, aquella honda y dolorosa dicha, la fuerza de la esperanza, el poder del amor.”

Hacia adonde llevan su cultura, su ciencia y su filosofía, los hombres y las naciones nos hace hablar de vitalismo o mecanicismo, de vitalismo materialista o espiritual. Y es el espíritu lo que hace grandes y hermosas las culturas, como podemos leer la maravillosa página que el modernista uruguayo, José Enrique Rodó, dedica a Atenas y a la cultura griega como maravilloso ideal del vivir y convivir egregios. “No son bastante ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización. La gran ciudad es, sin duda, un organismo necesario de alta cultura. Es el ambiente natural de las más altas manifestaciones del espíritu.”⁸ Que más adelante describe contraponiendo magníficas ciudades antiguas: “La inmensidad de Babilonia y de Nínive no representa en la memoria de la humanidad el hueco de una mano si se la compara con el espacio que va desde la Acrópolis al Pireo. Hay una perspectiva ideal en la que la ciudad no aparece grande sólo porque prometa ocupar el área inmensa que había edificada en torno a la torre de Nemrod; ni aparece fuerte sólo por-

⁷ GOETHE, W.: *Fausto*, Pról., esc. 1ª.

⁸ RODÓ, J. E.: *Ariel*, VII, pp. 142 y 143; Madrid, Espasa Calpe, Austral, 6ª 1991.

que sea capaz de levantar de nuevo ante sí los muros babilónicos sobre los que era posible hacer pasar seis carros de frente; ni aparece hermosa sólo porque, como Babilonia, luzca en los paramentos de sus palacios losas de alabastro y se enguirnalde con los jardines de Semíramis.

Grande es en esa perspectiva la ciudad, cuando los arrabales de su espíritu alcanzan más allá de las cumbres y los mares, y cuando, pronunciando su nombre, ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada de la historia humana, todo un horizonte del tiempo. La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral; cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre; cuando entre las luces que se encienden durante sus noches está la lámpara que acompaña la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento y en la que se incuba la idea que ha de surgir al sol de otro día convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas.”

Conocimiento y valoración

La Historia se hace acumulando y transmitiendo cultura, y esto lo recogemos en lo que nos ha ido quedando y en lo que hacemos, clasificado desde los tiempos antiguos como vestigios o testimonios. Saber analizar e interpretar los vestigios dice mucho, pero la máxima facilidad y riqueza para todo este conocimiento y proyección la encontramos en testimonios escritos, el discurso propiamente dicho del lenguaje, con todas sus variantes, expresado preferentemente con la *palabra*, el *logos*.

Precisamente en Europa, en lo que consideramos auroral para el modo de vida occidental, se institucionalizaron palabras que trataban de expresar y cultivar la *physis*, que fueron, ante todo, *logos* y *nomos*—la naturaleza, con su expresión humana y sus leyes propias—. Así podemos seguir a lo largo de la Historia el enriquecimiento de conocimientos acerca de la naturaleza que se van acumulando y aplicando industrialmente, como pudo ser la rueda, la brújula, el conocimiento del sistema solar, y las leyes de la naturaleza para lograr vencerla obedeciendo precisamente esas leyes que la rigen.

En el hacerse cargo culturalmente de los conocimientos que decimos naturales, se va efectuando la afirmación de cada hombre sobre cuyo origen, comportamiento y supervivencia se acumulan conocimientos varios y abundantes.

Por tanto los hombres, seres capaces de *logos*, de construir palabras y explicaciones de cuanto hay, de cuanto acontece, de cuanto son y les pasa, hacen tarea de su cultura ese mismo *logos*, las palabras, las razones o explicaciones, el discurso de saber y el enjuiciamiento de cómo se sabe para acertar con un conocimiento verdadero, amor a la verdad, sintiendo un profundo deseo de distinguir lo verdadero de lo falso, como biográficamente dice Descartes en su *Discurso del método*. Se abre y se enriquece el inmen-

so campo de todo lo referente al conocimiento y a la expresión, sabiendo discernir lo que sabemos y cómo lo sabemos, teoría del conocimiento, lógica, epistemología y todos los estudios lingüísticos como expresión del saber y su magnífica realización como creación literaria.

Todo este cúmulo de conocimientos afecta a la realidad, la realidad natural, cósmica y humana, que repercute afectando a los hombres en su utilización de las fuerzas y de los recursos naturales para su subsistencia, sus proyectos y sus modos de vida, por lo que incrementa y enaltece su cultura ya en conocimientos de modos de saber y de ser que pretenden clarificar el *conocimiento de la verdad*, pero además, sobre los comportamientos, no sólo de hecho, sino valorando cómo han sido las vidas humanas, cómo se han formado las sociedades en la convivencia, qué se ha tenido como deber en cada época y cómo ha redundado en el ser, el modo de ser de los convivientes y de cada ciudadano, que se beneficia de los conocimientos del *logos* y de la *physis*, de las palabras y de las cosas, añadiendo cómo sabemos y su redundancia en el modo de ser como acierto verdadero del actuar, saber actuar, *praxis*, que no consiste sólo en saber, sino *valorar*, distinguiendo cuanto afecta positiva o negativamente al hacer y al hacerse de los hombres.

Tenemos así como hitos de toda cultura humana, las miras de la *verdad* y del *bien*, a los que podemos añadir la *belleza* y otras diferentes variantes. Es preciso distinguir lo verdadero de lo falso, pues si es falso no es conocimiento y asimismo no confundir lo bueno con lo malo, lo que afecta positiva o negativamente al actuar y saber actuar, porque afecta de hecho al modo de ser de los hombres, si obramos bien nos hacemos buenos.

Por lo mismo, en cada época, nosotros mismos abrumados por la inmensidad de conocimientos, arrastrados por la sorprendente abundancia de aparatos, máquinas, ingenios maravillosos de todo tipo y hasta por la sofisticación de innumerables instituciones y burocráticos procedimientos, todo ello podemos considerarlo sobremanera sometido a cuantificaciones económicas, podemos y tenemos que pararnos a pensar y preguntarnos ¿toda esta disponibilidad de adquisiciones económicas, técnicas, intelectuales y burocráticas, para qué? ¿cómo valen? Se tratará, pues, no sólo de saber y tener, sino de valorar, distinguir qué papel le cabe al hombre, a los hombres en medio de toda esa abundancia o carencia de recursos, en muchos casos, qué le hacen a los hombres los variadísimos casos, cómo se hace con sus acciones, cómo se encuentra a sí mismo en sus decisiones y en sus proyectos, cómo se ve en convivencia con los demás.

En la consideración histórica de la riquísima creación cultural europea, de cada cultura a lo largo de los tiempos, sobre todo la nuestra, la de Europa y la que llamamos occidental, que tan apresuradamente acumula descubrimientos e instrumentos, se hace preciso discernir sobre los valores, cómo apreciamos a los seres humanos, sus diferentes acciones y sus cosas, cada una de las cosas, si basta con hacerlo todo económicamente medible y todo vale según su precio económico, en la medida que proporciona y acumula riqueza económica en total, sin pensar cómo y a quien beneficia, qué

uso se hace de tal riqueza, como algo para cualquiera, intentando hacer del dinero, de cualquier manera que sea, la máxima aspiración, no reconociendo valor sino a cuanto tiene precio.

Aquí tenemos la gran tarea, someter a crítica lo que se tiene por valioso, como aspiración social epocal, y cuestionar a fondo y sinceramente la cacareada crisis de valores.

La *capacidad de valorar* y la necesidad de valoraciones que tiene que darse en la realización del valor humano ofrece una dimensión muy significativa para el esclarecimiento de la efectiva realidad humana, cuando el hombre concreto afirma y proyecta sobre su realidad más completa y compleja. "Valorar es crear", "El valorar mismo es para todas las cosas apreciadas tesoro y joya"⁹.

El ámbito de las valoraciones significa una expresión realizadora de la vida humana que no puede alcanzarse por mera comprensión racional, sino que compromete más amplia y complejamente al hombre, como sugiere Dilthey¹⁰: "Un amplio reino de valores se explyaya como realidad de nuestra vida espiritual. El hecho mismo señala una relación de la vida propia con objetos cuyo carácter se expresa precisamente en su determinación de valor."

Puede hablarse *ontológicamente* de valores, sí, pero los valores, las valoraciones aparecen y adquieren un sentido humano, *antropológicamente*, adquieren su realización en el despliegue expansivo de la vida humana en cada cultura. "El hombre primero puso valores en las cosas, para conservarse, creó primero sentido para las cosas, un sentido humano. Por eso se llama hombre, esto es: el que valora.

Valorar es crear: ¡oíldo, creadores! El valorar mismo para todas las cosas apreciadas es tesoro y joya.

Sólo por el valorar hay valor: y sin valorar estaría vano el núcleo de la existencia. ¡Oíldo creadores!"¹¹.

La filosofía de los valores desarrolló abundantes estudios, serias reflexiones y notables esfuerzos sobre este aspecto axiológico de la realidad cultural, por ahora es suficiente señalar la importancia de esta dimensión y la diferenciación de preferir unos u otros valores para la misma realidad de los hombres y la cultura de los pueblos¹²

Valores vitales

La importancia del valorar, ingenua o reflexivamente es innegable. Aquella expresión evangélica "donde está tu tesoro allí está tu corazón", no puede por menos de hacernos pensar cuál es el verdadero tesoro de cada

⁹ NIETZSCHE: *A.b.Z.*, I^a "De las mil y una metas".

¹⁰ DILTHEY, W.: *Obras completas*, VII, p. 266.

¹¹ *A.b.Z.*, I^a De las mil y una metas.

¹² Cfr. GARCÍA MOENTE, Manuel: *Ensayos sobre el progreso*, Madrid, Dorcas 1980; también JIMÉNEZ MORENO, Luis: "Contexto real para la valoración humana", *Philosophica Malacitana*, n^o 1, pp. 59-70; Dep. de Filosofía, Universidad de Málaga 1988.

uno y paralelamente cuál es el tesoro a que aspiran conseguir como su ideal los jóvenes, una u otra sociedad, en las distintas épocas.

Valer o no valer es salir de la indiferencia porque no todo da lo mismo, algo puede y debe valer la pena, cuando alguien distingue lo que vale como apreciable frente a lo que será preciso rechazar, postergar como despreciable porque nos deteriora o nos degrada. Sería preciso tomar conciencia de qué es alienante o decadente y qué es, en cambio, formativo o germinal para realizar la vida, el proyecto vital de cada uno.

La capacidad de valorar propia de los hombres tiene importancia capital para la realización del vivir humano, afirmando y proyectando el hombre concreto en su realidad más completa y compleja. No podemos dejar caer en desuso como insignificantes las filosofías axiológicas de épocas recientes, pero tampoco reducirlas a mero estudio histórico teórico. Porque el puro saber no hace mejores a los hombres, según reconoce Rousseau¹³: “Donde no hay ningún efecto, no hay causa alguna que buscar, pero aquí el efecto es seguro, la depravación real, y nuestras almas se han corrompido a medida que nuestras ciencias y nuestras artes han avanzado hacia la perfección.”

Afirmaciones como ésta nos llevan a pensar que según el hombre ejerce sus valoraciones aparece antropológicamente el sentido humano y dan el carácter de la personalidad a la vida humana con una proyección ineludible en la cultura y en la sociedad.

Por lo mismo, en esta breve disertación conviene referirse a algo básico y proyectivo en la realidad humana, es la vida y los modos de vida, por lo que el acento se lleva a la vida, la cultura vital y los modos valiosos que puedan estimularse. Porque se hace imprescindible partir de y adherirse a la vida como realidad radical, no sólo racionalmente por el conocimiento, como es el pensamiento de Ortega y Gasset¹⁴: “Si nos preocupamos tan sólo de ajustar nuestras convicciones a lo que la razón declara como verdad, corremos el riesgo de creer que creemos, de que nuestra convicción sea fingida por nuestro buen deseo. Con lo cual acontecerá que la cultura no se realiza en nosotros y queda como una superficie de ficción sobre la vida efectiva.”

Para que nuestra cultura no quede en mera ficción, artificio o vanalidad, el mismo Ortega y Gasset invoca la expresión vitalista¹⁵: “¡Dadme primero vida y con ella os crearé cultura!”, que el mismo filósofo alemán comenta: “...comienza entonces a comprender que cultura puede ser aun algo distinto de la *decoración de la vida*, que quiere decir en el fondo sólo disimulo y ocultamiento; pues todo adorno oculta a lo que adorna. Así se desvela el concepto griego de cultura –en contra del romano– como una nueva *physis* mejorada, sin adentro ni afuera, sin disimulo ni conveniencias de la cultura

¹³ ROUSSEAU, J. J.: *Discurso sobre el origen y fundamento de las desigualdad entre los hombres* (1750), 1ª parte.

¹⁴ ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras completas*, III, p. 171. *El tema de nuestro tiempo*, 1, “La vida de las generaciones”.

¹⁵ NIETZSCHE: *Ventajas e Inconvenientes de la Historia para la Vida*, 10.

como unanimidad entre vivir, pensar, aparentar y querer. Así nos lo enseña por experiencia propia, pues la fuerza suprema de la naturaleza *moral*, permite a los griegos conseguir su victoria sobre todas las otras culturas y que todo acrecentamiento de la sinceridad tiene que ser también una exigencia previa de la *verdadera* formación.”

Esta cultura de los pueblos y formación de las personas que engrandece la vida, sabiendo, queriendo y valorando, podemos considerarla mirando las dos caras de la cultura que el filósofo de Madrid delata en *El tema de nuestro tiempo*¹⁶: “Lo que ocurre es que el *fenómeno vital humano* tiene dos caras –la biológica y la espiritual– y está sometido, por tanto, a dos polos de atracción antagónica. ... Por tanto, que la cultura no puede ser regida exclusivamente por sus leyes objetivas o transvitales, sino que, a la vez, está sometida a las leyes de la vida. Nos gobiernan dos imperativos contrapuestos. El hombre, ser viviente, debe ser bueno, ordena uno de ellos, el imperativo cultural. Lo bueno tiene que ser humano, vivido: por tanto, compatible con la vida y necesario a ella –dice el otro imperativo, el vital–. Dando a ambos una expresión más genérica, llegamos a este mandamiento: la vida debe ser culta, pero la cultura tiene que ser vital.”

Presencia del espíritu

¿Qué se acentúa, fomenta y expansiona en los modos de vida? No perdamos de vista las dos caras que el filósofo español atribuye al fenómeno vital humano, la biológica y la espiritual. La circunstancia del viviente humano puede ensancharse espacio-temporalmente en cuanto puede mirar lejos y contar con proyectos ulteriores realizables y proyectables a lo largo de su existencia.

Puede llamarse materialista cuando no se atiende más que a lo inmediato del momento, en cuanto biológicamente se alimenta, psicológicamente se estremece grata o dolorosamente, mecánicamente se mueve y económicamente cuantifica su posesión. Pero la realidad vital plena admite también la consideración espiritual, no menos vital, que abre horizontes amplios organizando un cosmos, anticipando realizaciones que engrandecen la realidad vital y diferenciando unas acciones de otras, unos modos de realidad de otros modos, que ponen en ejercicio la capacidad de valorar aspectos no medibles espacio-temporalmente ni cuantificables en cálculo inmedito y sitúan la existencia humana en una totalidad superior dándole sentido.

El puro intelectualismo, saber mecánico abstracto será siempre valioso como instrumento en todo cuanto nos ayuda a calcular y mediar, pero no puede encarnar la realidad viva que escapa a toda abstracción estáticamente definitiva. La realidad viva se considera meramente *material* cuando se afirma, en todo lo referente a la existencia humana, únicamente cuanto ob-

¹⁶ ORTEGA Y GASSET, J.: O. C., III, p. 169; *El tema de nuestro tiempo*, V, “El doble imperativo”.

sevamos por nuestros sentidos externos y podemos encuadrar en dimensiones espacio-temporales, medibles en esa finitud estricta que tiende a cuajar en el conocimiento intelectual como ciencia. Así responden las teorías positivistas, evolucionistas, vitalistas, dialécticas materialistas y hasta, en cierto modo, las existencialistas.

Pero también pueden darse filosofías que, sin renunciar a la positividad, sin prescindir de la sensibilidad, reconocen la dimensión del espíritu en la existencia humana, por su capacidad de anticipar y ampliar horizontes en sus proyectos propios no medibles cuantitativamente, en la convivencia y actuación conjuntas que exceden cuanto se aprecia a la vista o al tacto, que hasta puede resultar paradójico a lo observable por los sentidos.

Erasmus de Rotterdam señala como artes de la paz que “el buen príncipe debe procurar con todas sus fuerzas no perder en ninguna ocasión el afecto de los suyos”¹⁷ y “la benevolencia del pueblo se gana, hablando en general, con aquellos procedimientos que má se alejan de la tiranía: clemencia, afebilidad, equidad civilidad y benignidad.” Así reconoce el humanista flamenco que es finalidad del príncipe, advertir que “la felicidad pública se mida principalmente por los bienes exteriores”, añadiendo “y estos bienes no deben perseguirse más que en cuanto interesan al beneficio del cuerpo y del alma, o sea, que el príncipe crea que sus ciudadanos son muy felices no porque tengan riquezas a manos llenas o porque gocen de extraordinaria salud corporal, sino porque sean sumamente justos y morigerados, mínimamente codiciosos, subversivos o pendencieros y sumamente amantes de la concordia”¹⁸. Tal es la ponderación de valores prioritarios en la consideración de la perfección y felicidad de los hombres y de la sociedad, como asunto de preocupación para el príncipe.

Podríamos encontrar innumerables propuestas de apertura hacia el espíritu y apreciación en estos aspectos culturales de valorar la vida, la vida culta, intensa y generosa a lo largo de la Historia, en esfuerzos por el saber, la ciencia, por el arte, por la convivencia social y por favorecer a los demás, por el respeto a su vida y al haber de sus personas. Hegel también descubrió la aparición del espíritu en la intersubjetividad de las autoconciencias, no como naturaleza individual de cada viviente¹⁹, resumiendo en la fuerte expresión “el *yo* es el *nosotros* y el *nosotros* es el *yo*”.

¹⁷ ERASMO DE ROTTERDAM: *Educación del príncipe cristiano*, p. 107.

¹⁸ Id. *ibid.*, p. 111.

¹⁹ “En cuanto una autoconciencia es el objeto, éste es tanto yo como objeto. Aquí está presente ya para nosotros el concepto de *espíritu*. Más tarde vendrá para la conciencia la experiencia de lo que es el espíritu, esta substancia absoluta que en perfecta libertad e independencia de su contraposición, es decir, de distintas conciencias de sí que son para sí, es la unidad de las mismas: el *yo* es el *nosotros* y el *nosotros* es el *yo*. La conciencia sólo tiene en la autoconciencia, como el concepto del espíritu, el punto de viraje a partir del cual se aparta de la apariencia coloreada del más acá sensible y de la noche vacía del más allá suprasensible, para marchar hacia el día espiritual del presente”. HEGEL: *Fenomenología del espíritu*, B, IV, 3 “El yo y la apetencia”, p. 113.

El modo del espíritu en la *Fenomenología*²⁰ lo describe diciendo que “el espíritu es la *realidad ética*.”

Hegel lleva el estudio del espíritu a través de la cultura histórica, desde la eticidad y el derecho, la cultura en cuanto “el espíritu es *conciencia* de una realidad objetiva para sí libre” en la cultura del lenguaje, de la fe y la ilustración. Así, brevemente en la “Introducción” de *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, expresa su preocupación por el espíritu, pues “la historia universal se desenvuelve en el *terreno del espíritu*”²¹ y sobre el concepto de espíritu, afirma: “La existencia del espíritu consiste en tenerse a sí mismo por objeto. El espíritu es, pues, pensante; y el pensamiento de algo que es, y el pensamiento de qué es y de cómo es. El espíritu sabe, pero saber es tener conciencia de un objeto racional. Además el espíritu sólo tiene conciencia por cuanto es conciencia de sí mismo, esto es: sólo sé de un objeto por cuanto en él sé también de mí mismo, sé que mi determinación consiste en que lo que yo soy es también objeto para mí, en que yo no soy meramente esto o aquello, sino que soy aquello de que sé. ... No es que encuentro su contenido, sino que se hace su propio objeto, el contenido de sí mismo. El saber es su forma y su actitud; pero el contenido es justamente lo espiritual. Así el espíritu, según su naturaleza, está en sí mismo; es decir, es libre.” y lo contrapone a las características de la materia. “... Así como la gravedad es la sustancia de la materia, así es la libertad la sustancia del espíritu. Es inmediatamente claro para todos que el espíritu posee la libertad, entre otras propiedades. Pero la filosofía nos enseña que todas las propiedades del espíritu existen sólo mediante la libertad, que todas son simples medios para la libertad, que todas buscan y producen la libertad. Es éste un conocimiento de la filosofía especulativa, que la libertad es la única cosa que tiene verdad en el espíritu.”

Y Dilthey insiste en su comentario sobre Hegel que el espíritu acentúa la libertad en la vida²². “El desarrollo del espíritu consiste en la realización de su esencia y ésta es la libertad. Con hondura define Hegel como esencia de la libertad la independencia del espíritu de todo lo exterior, en virtud de la cual puede abstraerse de su propio ser, puede soportar el dolor y hasta destruir su propia vida.”

La *vida* pone realismo y efectividad al espiritualismo, pone limitaciones que impiden la evanescencia en puro idealismo, por magníficas que fueran sus abstracciones totalmente descarnadas. El acento de la vida no es positivismo radical, ni materialismo puro, hace comprender la compleja realidad, pudiendo decir “c'est l'esprit qui sent” (“el espíritu es lo que siente”), referi-

²⁰ “La sustancia es la esencia espiritual que *es en y para sí* y que no es todavía conciencia de sí misma. Pero la esencia que *es en y para sí* y que al mismo tiempo, es ella real como conciencia y se representa a sí misma, es *el espíritu*. Su *esencia* espiritual ha sido ya definida como la *sustancia ética*; pero el espíritu es la *realidad ética*.” Id. *ibid.*, BB, VI “El espíritu”, p. 259.

²¹ HEGEL: *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia universal*, cap. 2, 1.

²² DILTHEY, W.: *Obras Completas*, V, p. 265.

do por François Meyer que nos hace recordar la ingente obra del filósofo español Xavier Zubiri, quien propone como título para una de sus grandes obras *La inteligencia sentiente*.

Louis Lavelle, con su filosofía espiritualista, tiene como intención primera poder salvar la persona mediante su *dialéctica de la participación en el ser*, sin que quede confundida. El testimonio inmediato de la realidad personal puede encontrarlo en el pensamiento, *ego cogito* como Descartes, para afirmar la indiscutible presencia del yo. Yo siendo en y con el todo, pero caracterizado como propio, pues su realidad es más compleja que la pura idea de pensamiento, pues no puede abolir la sensibilidad.

La sensibilidad es la riquísima manifestación del arraigo en la realidad y el descubrimiento de las relaciones de cada uno con la totalidad, más fuerte y viva que toda intelección, para no caer en abstracciones idealistas. La sensibilidad es capaz de proporcionar al cuerpo la más fina delicadeza, reforzando el querer y unida a la misma inteligencia fortaleciéndola, en vez de impedir su acción.

Por lo mismo, manteniendo el eje central de la filosofía lavelliana, también la sensibilidad puede estar y se mantiene unida a la espiritualidad. Porque “la acción más profunda es una acción de pura presencia”... “Ahora bien, toda presencia es espiritual, aunque no se pueda conseguirla más que atravesando y superando la presencia sensible”²³. Todo ello pone de manifiesto la presencia indiscutible de la vida, con toda su complejidad de sensibilidad y espiritualidad vitalmente unidas en cada hombre, manifestándose en la conciencia del yo, como realidad²⁴. Refiriéndose a esta realidad indiscutiblemente presente de la vida, toma “la conciencia del yo como primera experiencia metafísica” y es lo que nos permite “una experiencia interna y progresiva de todo lo real como se ve en el arte que nos hace presente la intimidad misma de las cosas, en el amor que nos hace presente la intimidad misma de otra persona y en la mística que nos hace presente la intimidad misma de la potencia creadora”²⁵. Son manifestaciones sin duda de la realidad vital humana que abre los horizontes de la dimensión espiritual en los modos de tratar a las cosas, a las personas y, a quien le es dado, también en su referencia a Dios.

Por todo ello podríamos afirmar la ampliación de la realidad humana vitalmente en su acción valorativa que tendrá lugar en la dimensión espiritual, sin duda, según filósofos contemporáneos, bajo el aspecto estético, el aspecto ético y también, el religioso.

El proceso de la vida humana, para alcanzar la suprema realización, lo

²³ LAVELLE, Louis: *L'erreur de Narcisse*, pp. 76-77; Paris, Grasset 1939.

²⁴ “Un objeto que es exterior a mí no puede ser para mí más que un fenómeno, pero el yo no es fenómeno de nada. El vive; y, en el despliegue de su propia vida, la experiencia que él tiene de su ser no es más que una sola cosa con su ser”. ID. *Le moi et son destin*, p. 26. Paris, Edit. Montaigne 1936.

²⁵ ID. *ibid.*, p. 27.

describe Kierkegaard en estadios axiológicos, que procesualmente se van superando, no tanto por la actividad, cuanto por la actitud y modo de apreciar los objetos, por su realidad valorativa, en el estadio *estético, ético y religioso*, el filósofo danés significa, ante todo, valoraciones características de la manera de vivir la vida y de entender el mundo.

También Feuerbach, al referir su reflexión filosófica a la teología para comprender la antropología, no deja de tomar en cuenta estos valores. “*Arte, religión, filosofía o ciencia* no son más que fenómenos o revelaciones de la *verdadera esencia humana*. Hombre, perfecto y verdadero hombre, sólo lo es aquél que tiene sentido *estético o artístico, religioso o moral, filosófico o científico* –sólo es hombre, en general, aquél que no *excluye de sí nada que sea esencialmente humano*. *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*– esta proposición, considerada en su *significado más universal y supremo*, es el *lema del nuevo filósofo*”²⁶.

Y, sobre todo, cuenta esta capacidad del valorar humano en múltiples aspectos con la pretensión de un “cambio de valoración de los valores” que es la propuesta vitalista para evitar la decadencia y el nihilismo, afirmando que “sólo se justifica eternamente la existencia y el mundo como fenómeno estético”²⁷. El filósofo de Basilea afirma el arte dionisiaco, propio de la vida trágica que dice sí a la vida, como praxis estética y es lo que recoge de las mismas prácticas estéticas y religiosas populares²⁸. Frente a lo cual declara, por otra parte, la importancia y deficiencia de los mal entendidos valores morales: “El sentimiento moral es ahora en Europa tan sutil, multifforme, excitable, refinado, como todavía joven, incipiente, torpe y groseramente desmañada es la ‘ciencia de la moral’ que le corresponde: –es una interesante contraposición que se hace visible y se encarna a veces en la persona de un moralista”²⁹. Pero aun en los casos que pueda referirse a nihilidades, puede descubrirse un valor positivo en cuanto estimula la promoción del querer³⁰: “¿qué significan los ideales ascéticos?... Pero que el ideal ascético en general haya significado tanto para el hombre, expresa así el hecho fundamental de la voluntad humana, su *horror vacui: necesita un fin*– y antes prefiriere aun querer *la nada a no querer*”.

Expresiones muy significativas sobre la relevancia de los valores para el espíritu, adheridos a la vida real y sensible, podemos encontrarlas con frecuencia y, desde sus primeros escritos reconociendo que no sólo la naturaleza en general, sino la naturaleza del hombre, la vida humana, se esclarece y se realiza como obra de arte. “El hombre no es ya un artista, es una obra de arte: el poder estético de la naturaleza entera, por la más alta beatitud y la más noble satisfacción de la unidad primordial, se revela aquí bajo el es-

²⁶ FEUERBACH, L.: *Principios de la Filosofía del futuro*, 55.

²⁷ NIETZSCHE, F.: *El nacimiento de la tragedia*, 5.

²⁸ Cfr. JIMÉNEZ MORENO, L.: *El pens. de Nietzsche*, IX.

²⁹ NIETZSCHE: *Más allá del bien y del mal*, 186.

³⁰ ID. *Genealogía de la moral*, III, 1.

tremecimiento de la embriaguez”³¹ La fuerza mayor de la concepción estética mira mucho más a la actividad de vivir bellamente que a las obras hechas. Se afirma la *poiesis* como arte, el modo de vivir humano, antes que los *poemata*, las construcciones exteriores, las cuales mantendrán su arte vivo en cuanto incitadoras a la nueva actividad artística y hagan sentir estéticamente a su contemplador.

A modo de conclusión

Se trata de descubrir y proyectar nuevos modos de vida, en cada caso, en cada época, en cada vida. Puede sospecharse así la afirmación no alienada de cada uno y su mundo, al realizar bellas posibilidades de vida que llenan de valor y sentido indudables cuanto va logrando el que nace y proyecta su vivir, construye su realidad, engrandecida, enriquecida y embellecida, por el estilo audaz y estimulante que cada uno es capaz de llevar a cabo, desde luego, en su mundo y su momento, conviviendo y creando su cultura con sus contemporáneos.

Esta vida y convivencia que pudo despertar y sugerir el ámbito cultural europeo, no se queda en el subsistir, sentir mecánicamente lo cercano de cada uno, encerrado cada momento bajamente. El vivir humanista europeo abre más amplios y bellos horizontes, me refiero a un modo espiritual civil que abraza a todos con las más diferentes creencias o siquiera sin creencias declaradas, si posible fuera, pero sabe, siente y quiere más y mejor mirando a los demás, contando con actuaciones que hacen a uno vivir, sentir el bien, la belleza y la justicia, para volar más alto, siendo capaz de elevarse a una vida intensa y generosa de modo verdadero, bueno y bello que pone su disfrute en el esfuerzo y una bella donación de sí mismo al bien propio y compartido.

Me parece oportuno terminar con la expresión que estimula y engrandece el amor o vivir, tomada de un humanista de la modernidad, el más eminente poeta de la lírica castellana, cuando quiere describir, con su mágico pincel, el alcance máximo de quien a los más bellos y nobles ideales aspira:

Por una extraña manera
Mil vuelos pasé de un vuelo,
Porque esperanza de cielo
Tanto alcanza cuanto espera;
Esperé sólo este lance,
Y en esperar no fui falto.
Pues fui tan alto tan alto.
Que le di a la caza alcance.

Octubre 1997

³¹ Id. N. T., 1.